

Volodia Teltelboim

Un pasaporte para la muerte

Vengo de unos dominios polvorientos como la muerte.
No tengo alma ni nada.

¡Oh!, ¿con qué alma podría cantar una antigua canción
[de extramuros?

¿Cómo sabría si ellos comen oro
y nuestro ser es un vaivén entre la vida y la muerte?
La corta bebida de luz de la vida
camina a pasos largos,
como tragos del alma que van al abismo,
tiembla como un entreacto o un grano de trigo entre los
[molinos
y es la marea que va, se desvanece y no regresa del se-
[gundo mundo.

¿Cómo podría si a veces su dulce té se compone de
nuestra sangre descolorida?

¿Cómo, cómo podría?

Por eso ya no digo la solitaria historia durmiente
sucedida entre los astros y la nieve.

Pero como a veces palpo los cimientos de la muerte,
el hado del hombre comprende.

Y entonces germinan glorias y corolas de siemprevivas
entre las heroínas que solían decir al anocheecer:

«Supón que la vida no muera todavía,
que las costuras de la sangre se rehagan después de
[tanta desdicha
y el mundo cambie.

Supón que en tus cuevas profundas algunas células tré-
[mulas
se muevan en un circuito de felicidad e infinito.

Y que las pesadillas se pudran
ahora que la sangre trabaja noche y día como una obrera
[despavorida.

Y el corazón seco, terroso, lleno de estiércol y de rentas
[inmóviles,
caiga de rodillas y diga:

«Los hombres morían cantando, porque
[bajo sus pasos amanecía».

No me turba ninguna visión,
sino los héroes degollados,
porque en la cabeza se agolpa la plataforma de la exis-
[tencia.

Hora es ésta en que una florista harapienta,
triste como campo de batalla o pensamientos,
vende su suave mercadería a las insepultas cabezas.
Una corriente de infinito nos da frío.

La joven parece una Verónica
hecha de helechos linóleo y redención
y vende tréboles rojos,
como pueden verlo aquéllos que andan en la mañana de
[una ejecución capital.

Todo parece la epidemia que rompe del corazón del
[hombre.

El tren de Dios,
o un pasaporte para la muerte.

La montaña se va, como una fantasmagoría petrificada
y parte un vapor de sangre de puertos muertos para
[siempre.

No hay por qué asustarse.
Sólo son pequeños sueños, visitas al infinito,
convites a cataratas mágicas, cadáveres corrompidos.
Muchos son los pasajeros.
Llevan el alma a la rastra y la vida en vilo.
En mi corazón anochece,
cae una espada al suelo.

Lo confieso:
Yo he gastado mis sueños
y hoy tengo los ojos crudos y silenciosos
como margaritas en otoño.
Cerdos y dineros pasaron por mis dedos.
Pasó un corazón, pasó heliotropo, trébol,
como témpanos pasaron los vivos y los muertos,
pero nada se movió en mí protoplasma trémulo.

Era siempre de noche
y había en mi país una gran lejanía.
Las primulas y las dalias oían en sueños el mar.
Un glaciár estaba en mi voz y en los círculos del corazón.
Como nada se mueve,
me parece ahora hablar de cosas de la eternidad,
cuando, en realidad, sólo converso del comienzo
de una misteriosa actitud de amor.